EL CARDENAL MEZZOFANTI

Artículo extractado de la REVISTA DE EDIMBURGO. (1)
Núm. 205 de Enero de 1855,
y leído en la Sección literaria de esta Sociedad,

---

[1] «La Revista de Edimburgo.» uno de los periódicos más acreditados de Europa, fué fundado en los primeros años de este siglo siendo sus fundadores Jeffrey, Sidney, Smith, Horner, Walter Scott y Lord Coekburn. Su primer número apareció el diez de Octubre de 1802.—*Dic. Universal de Larousse.*

He elegido como asunto de mi lectura de esta noche, las noticias contenidas en el acreditado periódico intitulado «La Revista de Edimburgo,» acerca del Cardenal Mezzofanti, uno de los hombres más notables de nuestra época, por su maravillosa aptitud para aprender y hablar diversas lenguas. Quizá no pueda citarse en los tiempos modernos un caso más extraordinario, y bajo este concepto, he creído que escucharéis con agrado lo que acerca de este personaje se escribió en uno de los periódicos más afamados, tanto por su antigüedad, como por la reputación literaria de los individuos que en él han escrito. El presente extracto os servirá también para conocer la manera concienzuda y la erudición con que está redactado ese periódico.

En el artículo á que me refiero se comienza por recordar que la aptitud para el conocimiento de los idiomas extranjeros, constituye una aptitud especial, de la cual no pueden citarse muchos ejemplos. Carecemos también, según el mismo articulista, de los medios indispensables para poder apreciar hasta qué grado llegaron los antiguos en este género de conocimientos. Si hemos de dar crédito á Aullo Gelio, dice el articulista, el poeta Enio no estaba poco pagado de su saber como lingüista, pues acostumbraba á decir, en son de alabanza, que tenía tres cabezas, puesto que hablaba tres idiomas diferentes: el latín, el griego y el osco.

Debemos deducir de aquí, que el estudio de las lenguas no fué muy cultivado por los antiguos; y como según el autor de este estudio, ni Bayle en su famoso diccionario, ni Gibon en sus conocidos trabajos históricos, admirables en el punto de vista de la erudición, ni otros curiosos investigadores, como Feijó, Disraeli, ni aun los mismos filólogos, como, Adelung, Pallas y Vater, procuraron reunir las noticias esparcidas en innumerables obras, comparándolas entre sí, para poder conocer los adelantos de los estudios lengüisticios de la antigüedad; parece conveniente, al tratarse de un ejemplo

tan extraordinario, como el que el Cardenal Mezzofanti nos ofrece, traer á colación lo que sabemos de otros personajes celebrados en los tiempos antiguos por su aptitud para el estudio de las lenguas.

El primer ejemplo extraordinario que se nos presenta, es el del célebre Mitridates, rey del Ponto, de quien dice Aullo Gelio que hablaba corrientemente con los individuos de todos los pueblos que tenía bajo su Imperio, que eran veinticinco. Otros historiadores sólo hacen mención de veintidós. Algunos comentadores han considerado esta noticia como exagerada, y otros han querido amenguar el mérito de Mitridates, diciendo que no se trata de lenguas propiamente tales, sino de dialectos de un mismo idioma. Pero la verdad es que no hay razón fundada para poner en duda el hecho. Plinio, refiere, como cosa perfectamente cierta, que Mitridates acostumbraba hablar con cualquiera de los súbditos de su Imperio, personalmente, sin necesidad de intérprete, expresándose con tanta propiedad como si hablase su propio idioma.

Después de este personaje notable, hay que bajar hasta los tiempos posteriores al Cristianismo, encontrándonos con San Jerónimo, cuyos estudios críticos de la Biblia, nos demuestran que estaba versado en

el estudio, no sólo del griego, el latín, y el hebreo, sino que también conocía el ilírico, que era su lengua patria, y otras lenguas orientales. Debemos creer que la mayor parte de los padres de la Iglesia, tuvieron iguales ó semejantes conocimientos, dado que así lo requerían los estudios á que se habían dedicado. Este período de la historia literaria de Europa, fué favorable al estudio de las lenguas, el cual comenzó á declinar desde la muerte de Constantino.

Las cruzadas deben haber favorecido algún tanto estos estudios, por la comunicación con los pueblos del Oriente; y debemos suponer que muchos caballeros, que tuvieron que sufrir largas prisiones durante las Guerras Santas, volvían á Europa con no escasos conocimientos prácticos en los idiomas Persa, Arabe, Siriaco y Turco.

Más adelante (en 1428) un soldado húngaro, prisionero de los turcos, que volvió á Europa después de una ausencia de treinta y dos años, publicó la relación de sus aventuras, y tuvo la feliz idea de añadir á la narración de sus viajes, como muestra de los idiomas que hablaban los pueblos que había visitado, la oración del Padre nuestro vertida en estos idiomas. Este ejemplo fué seguido por otros viajeros ó escritores curiosos, hasta haberse llegado á publicar, en

años posteriores, colecciones análogas que contenían la misma oración en cincuenta idiomas.

Pero estos estudios, no obstante su utilidad como materiales para la formación de la ciencia filológica, no pasaban de ser curiosos, puesto que ninguno de ellos contenía el estudio comparado de la estructura y formación de las lenguas, ni observación alguna que pudiera servir para fundar la ciencia que hoy conocemos con el nombre de filología.

El verdadero ensayo de este género, fué debido al sabio jesuita español D. Lorenzo Hervas y Panduro, cuyo mérito nunca será bastante elogiado, puesto que, con razón, puede llamársele el fundador de una ciencia nueva. Su colección comprende la oración del Padre nuestro en trescientas siete lenguas diferentes, además de algunos himnos y otras oraciones en otros veintidós dialectos adicionales; todo con análisis y notas gramaticales, acerca de la estructura y carácter particular de cada idioma. Ya he dicho que este es el primer trabajo importante en la ciencia filológica.

Casi contemporánea á ésta, fué la compilación de Pallas, sabio filólogo, bibliotecario de la biblioteca Imperial de San Petersburgo, quien puso su obra bajo la protec-

ción de la célebre Catalina II, Emperatriz de Rusia. Vino después Adelung, sabio alemán autor de la compilación llamada Mitridates, obra escrita con mejor método, miras más filosóficas y verdadera base de los estudios etnográficos.

Pero nuestro articulista advierte que las noticias que nos ha dado se refieren más bien á la ciencia de la filología y no al conocimiento práctico de los idiomas. Los autores citados no hablaban todas, ni siquiera una pequeña parte de las lenguas que citan, y de las cuales traen ejemplos, por lo cual no pueden servirnos de punto de comparación para estimar la extraña y prodigiosa aptitud del Cardenal Mezzofanti á quien el mismo articulista considera superior, en cuanto al conocimiento práctico de las lenguas, á cuantas personas han tenido la misma habilidad. Aquellos han sido filólogos y nosotros debemos buscar noticias acerca de los lingüistas solamente.

Después del renacimiento de las letras, la mayor parte de los sabios se dedicaban al estudio de las lenguas muertas; siendo cosa común entre ellos, el conocimiento del griego, del hebreo y algunas otras. La biblia políglota complutense (1517) es una prueba del celo que se ponía en el estudio de las lenguas orientales en aquella época.

Cita después varios nombres de eruditos ingleses, de algunos de los cuales llegó á decirse, que conocían hasta veintiocho idiomas; pero advierte que no hay pruebas suficientes para poder asegurar que las hablasen corrientemente en la conversación, así como también los de algunos sabios viajeros alemanes y rusos, distinguidos naturalistas que se hicieron notables por sus estudios lingüísticos, no menos que por sus descubrimientos científicos; pero acerca de cuyos conocimientos prácticos en las lenguas de los muchos países que recorrieron, no pueden estimarse por falta de seguras noticias.

Preciso es, pues, que nos fijemos en aquellos de quienes tenemos más amplios y seguros pormenores. Entre ellos figura, en primer término, el célebre Juan Pico de la Mirandola, nacido en 1463. Desde sus primeros años fué considerado como la maravilla de su siglo. Antes de que cumpliese diez años, daba lecciones de Derecho Civil y Canónico y era reputado como un prodigio de elocuencia. Sus conocimientos en las lenguas era tan extraordinario, como en todo lo demás. A los dieciocho años se decía que conocía veintidós lenguas diferentes, la mayor parte de las cuales hablaba correcta y fácilmente. Murió de treinta y un años.

El Rabino G. Pertel, aunque de una fama menos universal, parece que no le era inferior en esta clase de conocimientos. Después de haber vivido en Francia, fué enviado al Oriente por Francisco I, con una misión científica, y aunque no se sabe con certeza cuántas lenguas hablaba, se dice que eran muchas, y él mismo se vanagloriaba de ello, diciendo que podía dar la vuelta al mundo sin necesitar intérprete.

Otro sabio notable de la época fué el conocido Justo Scalligero, de quien se refieren cosas que parecen fabulosas. Dícese que leyó la Iliada y la Odisea completas en veintiún días y todos los poetas griegos en cuatro meses; que hablaba el hebreo con notable facilidad; que podía leer en la oscuridad; que le era fácil repetir ochenta estrofas de una poesía oyéndolas una sola vez, y que nunca olvidó una cosa que había visto ó sabido. Hablaba correctamente trece lenguas, enumeradas en la siguiente estrofa de un poeta contemporaneo suyo:

Scalliger, merveille de notre age
Soleil des savants qui parle eleganment,
Hébreu, Grecois, Roman, Espagnol, Allemand,
Francois, Italien, Nubien, Arabique,
Syriaque, Persian, Anglois, Chaldaïque.

Otro lingüista muy notable fué Crichton,

á quien se dió el epíteto de admirable. Su vasta inteligencia abrazó todas las ciencias y los conocimientos de su época. Se decía de él que antes de llegar á los dieciseis años, sabía diez idiomas y que al llegar á los veinte, poseía igual número de lenguas diferentes. La noticia más segura que de sus conocimientos en esta materia ha llegado hasta nosotros, es su célebre tesis sustentada en la Universidad de París, en la que ofrece disputar en doce idiomas, Hebreo, Syriaco, Arabe, Griego, Latín, Español, Italiano, Francés, Inglés, Alemán, Flamenco, y Slavo.

Después de algunos ejemplos, llega el autor del artículo que vengo extractando, al personaje que es el objeto principal de su estudio.

José Gaspar Mezzofanti, nació en Bolonia en 1774, en una clase por demás humilde. Fué educado en una escuela de caridad y su padre, que era artesano, le dedicaba á seguir el mismo oficio que él. Sucedió felizmente, que el tinglado donde su padre tenía su banco de herrar caballos, estuviese, como es común en Italia, delante de una pequeña casa habitada por un eclesiástico que daba lecciones á algunos niños, enseñándoles el griego y el latín. El jóven Mezzofanti, que escuchaba algunas palabras á través de

la puerta ó la ventana, se aprovechó tan bien de la instrucción que á aquellos se daba, que un día sorprendió á su inconsciente maestro con el descubrimiento de que sin haber visto un solo libro en griego ni conocer el alfabeto de esta lengua, había adquirido tal copia de palabras, y las pronunciaba con tal propiedad, que sobrepasaba en mucho al aprovechamiento que los otros alumnos habían alcanzado. Aquel sacerdote se declaró su protector, le enseñó el griego y el latín y le envió al Seminario donde concluyó sus estudios, dedicándose á la carrera eclesiástica.

Sin salir de su ciudad natal, aprendió en breve tiempo, durante el curso de sus estudios, sin contar el griego y el latín, que ya sabía, el árabe y el alemán, con un sacerdote alemán, el francés con otro, el sueco con un médico de esta nación, y el copto con el erudito canónigo Mingarella. Tenía una memoria prodigiosa, citándose entre otras pruebas de ello, el haber repetido palabra por palabra, una página entera de las obras de San Juan Crisóstomo, infolio, después de una sola lectura.

Se ordenó de sacerdote en 1797 y fué nombrado profesor de árabe en la Universidad. Su fama llegó á ser después tan general, que Napoleón quiso llevarle de profesor de lenguas á París en 1808, y en 1812 le nombró el Sumo Pontífice Pío VII bibliotecario y regente de estudios de la Universidad.

Con el transcurso de los años adquirió nuevos conocimientos en otros idiomas, para lo cual se prestaba admirablemente la situación de la ciudad donde vivía y los acontecimientos de la época. Bolonia era entonces el punto de parada de todos los viajeros distinguidos que se dirigían á Roma, y el tránsito contínuo de los ejércitos franceses, austriacos y rusos por el norte de Italia, era por demás favorable á sus propósitos de enriquecer más su mente con este género de conocimientos. Todos saben cuantos idiomas diversos se hablan en el Imperio de Austria, así como que, en los ejércitos de principios del presente siglo, cuando las guerras napoleónicas, se encontraban hombres de todas las naciones de Europa. Pues bien, el abate Mezzofanti era llamado en Bolonia, su patria, el confesor de los extranjeros (confessore dei forestieri), porque no había uno entre los innumerables soldados heridos ó enfermos que se encontraban en los hospitales, á quien él no pudiese administrar los últimos auxilios religiosos, por falta de conocimiento de su idioma. La conducta caritativa que con ellos observaba, le valió la amistad del General ruso Suwarrow.

El mismo refiere, con encantadora sencillez, á qué debió en gran parte sus progresos en las lenguas vivas. "Vivía yo en Bolonia, dice, durante las guerras. Era entonces nuevo en el ministerio y acostumbraba á visitar los hospitales militares. Me encontraba entre los enfermos, húngaros, eslavos, alemanes, bohemios, etc., á quienes, aunque peligrosamente enfermos ó heridos, no podía confesar, ni reconciliar con la iglesia. Mi corazón sufría mucho al verlos. Me dediqué al estudio de estas lenguas, y fácilmente adquirí los conocimientos indispensables; no necesitaba más. Comencé á acercarme á su cama. Uno pedía confesión, conversaba con otro, y de esta manera, ayudado de mi memoria, con el favor de Dios, llegué á conocer no sólo estos diversos idiomas, sino aun los dialectos de las diferentes provincias. Algunos jesuitas españoles, portugueses y mejicanos, me proporcionaron la ocasión de aprender estos idiomas; me formé el propósito de estudiar toda nueva gramática y todo nuevo diccionario que en mis manos cayese, y debo confesar que aprendí con poco trabajo, porque aparte de una excelente memoria, Dios me otorgó la gracia de dotar de una increible flexibilidad, mis órganos vocales."

El autor del artículo de "La Revista de

Edimburgo" hace en seguida grandes elogios del personaje cuya historia nos refiere; pero no queriendo juzgar ligeramente y resistiéndose á dar crédito á las maravillosas noticias que de él conocía, se propone seguir en su estudio, un método que lo acredita á nuestra vista de erudito compilador no menos que de escritor concienzudo. Reune los testimonio de los viajeros distinguidos de todas las naciones de Europa, que conocieron y visitaron al Cardenal Mezzofanti, con cada uno de los cuales habló en su propio idioma, y ¡cosa admirable! en esa larga lista, en la cual figuran Lord Byron y otros hombres igualmente distinguidos, sólo se encuentra una mujer que no quedó del todo satisfecha de la manera como el Cardenal le habló en su idioma.

Después de citar, el articulista, las palabras textuales de diez á doce viajeros de diferentes naciones, hace el siguiente resumen:

Las autoridades que hemos citado, no nos permiten dudar que este hombre extraordinario hablaba casi todos los principales idiomas de Oriente y Occidente, con toda propiedad y corrección, como si fuera el suyo propio. Todos los viajeros que hemos citado, atestiguan su perfección en el idioma que les concierne. La Baronesa de Ulmens-

tein, le tomó por alemán; el Príncipe de Volkonskï «se hubiera preciado de hablar el ruso tan bien como él»; el viajero Rose Smyniete, nos declara: «que el Cardenal podía pasar por griego ó turco en todos los dominios del Gran Señor;» el Barón von Zach, confiesa su sorpresa de haberle oído hablar con toda perfección la lengua de los Magyares;" Molbech encontró que hablaba el danés, con completa corrección;" y Fleck refiere que le oyó hablar griego moderno con un joven de esta nación que visitaba la biblioteca, hebreo con un rabino que recorría el Vaticano, ruso con un magnate que estaba de paso, latín y alemán con él mismo, danés con un jóven arqueólogo dinamarqués, y francés, inglés é italiano, con muchos viajeros y visitantes. A estos muchos testimonios pudiéramos añadir nosotros el de nuestro compatriota el Sr. Peón, quien refería que había conversado con el Cardenal en lengua maya, que como es sabido es lengua indígena de la península de Yucatán.

Cítanse, además, admirables ejemplos que prueban sus conocimientos gramaticales en cada uno de los idiomas que hablaba. Conversando con unos ingleses, uno de estos vacila al pronunciar una frase, porque no encuentra el giro propio, á causa de haberse interrumpido la conversación que antes seguían en alemán; el Cardenal al punto le indica el giro y la expresión más propia en inglés; otro viajero cuenta que fué atraído por la fama á visitarle, y preciándose de saber dos ó tres dialectos tártaros, se quedó maravillado al ver que el Cardenal los conocía todos; el Dr. Baines tiene una ligera discusión con él acerca de la verdadera pronunciación de una palabra inglesa, y cuando vuelve á Inglaterra, dice él mismo, se encuentra con que su pronunciación era antigua y que el Cardenal tenía razón en haberle hecho notar aquella falta; y una señora por último añade, esta curiosa anécdocta: "Estaba yo con él, dice, cuando le trajeron una biblia, en la lengua del país de Gales. ¡Ah! dice, esto es lo que deseaba, necesito aprender esta lengua. Seis semanas después le encuentra y á su pregunta contesta: «*ahora si ya la sé*»; otro viajero refiere, que habiendo solicitado del Cardenal que le dijera cuantas lenguas sabía, le envió escrita de su propia mano, una lista en la cual estaba el nombre de Dios escrito en cincuenta y seis lenguas, de las cuales treinta eran europeas, sin contar sus respectivos dialectos, diecisiete asiáticas, también sin contar los dialectos, cinco africanas y cuatro americanas.

El autor de nuestro artículo cita después

el testimonio de los mismos ú otros viajeros para poner en claro el número exacto de las lenguas que hablaba este hombre extraordinario. Nota la vaguedad con que algunos de ellos se expresan, y por lo mismo, la variedad que resulta de sus diversas narraciones, circunstancias que se explican bien, por las diferentes épocas en que fué visitado. Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el número de ellas, varía desde trinta hasta setenta y ocho según las diversas versiones de los viajeros.

Dedúcese de aquí el mérito extraordinario de este hombre, dotado de tan especiales y maravillosas aptitudes para el aprendizaje de las lenguas, de una memoria tan asombrosa, y cuya vida humilde y cristiana, estaba además consagrada al cumplimiento de las graves atenciones de su ministerio. Debemos naturalmente suponer, que dedicó no escasa parte de su tiempo, al estudio de la ciencias eclesiásticas y al cumplimiento de sus deberes sacerdotales.

Murió siendo Cardenal de la Santa Iglesia Romana y bibliotecario del Vaticano, el 15 de Marzo de 1849 á los 75 años de su edad, universalmente sentido por sus virtudes y su saber. Su memoria como hombre sabio, y especialmente como lingüista, no se perderá, porque siempre será citado como uno

de los más raros ejemplos de las especiales aptitudes, con que Dios suele, de tiempo en tiempo, agraciar á alguna de sus criaturas.

Los periódicos de estos días traen las siguientes noticias que creemos conveniente copiar, para completar este trabajo. "El monumento que próximamente se levantará al Ilustre Mezzofanti, en el palacio Valentiniano de Roma, consistirá en una losa de mármol, con la siguiente inscripción:

"Joseph Mezzofanti, de Bolonia, el políglota más grande del mundo, vivió aquí y aquí terminó sus días, el 15 de Marzo de 1849. O. P. Q. R. para perpetua memoria. Erigido en 1884."